

Stiglitz, Joseph E., *El malestar en la globalización*. Madrid, Suma de Letras, 2003, 471 pp.

Por Alfonso Galindo Lucas
(Universidad de Cádiz)

Ya sucedió antes con Peter Drucker o Robert Skidelsky; se trata de un síndrome típico de economistas de empresas que, de buenas a primera, sentimos la necesidad de escribir acerca del sistema político-económico mundial. En los dos casos citados, el propio sistema se traslucía en los párrafos de sus autores, pues se trataba de críticas demoledoras al comunismo soviético, con impaciencia por implantar el entonces denominado "sistema de libre mercado". Ahora Stiglitz, premio Nobel de Economía de 2001 por sus aportaciones a la Teoría financiera, hace una crítica implacable a este sistema conocido ahora como "globalización" y carga las tintas contra el Fondo Monetario Internacional, sobre todo por su indiferencia ante las consecuencias inhumanas de sus políticas y el peligro de sus injerencias en las soberanías nacionales.

Esta crítica resulta sumamente ilustrativa y acerca al lector menos técnico la comprensión de los mecanismos que influyen en la inflación, el desempleo, los movimientos de capitales, etcétera. A lo largo de todo el libro, se sigue de primera mano la experiencia en las altas instancias "globales" de un hombre que está viendo pasar la historia ante sus ojos y que tiene facultad para influir en ella. Se hace un repaso casi exhaustivo de todos los países en los que el FMI ha causado algún despropósito y se dan a conocer los nombres y apellidos de los responsables de las decisiones incorrectas.

El caso de Rusia es uno de los más llamativos, por la brillantez de las sentencias que realiza este autor, en refutación de tesis oportunistas y fanáticas sobre la apertura y la desregulación; lo que él llama "atajo hacia el capitalismo". A diferencia de éstas, la postura de Stiglitz no tiene inconveniente en reconocer al régimen soviético como más próspero y solidario que el capitalismo este-europeo actual. En aquél, se mantenían bajos los precios que más onerosos resultaban a los pobres; ahora sólo se mantienen bajos los que podrían perjudicar el interés de los especuladores, mafiosos y "amiguetes".

Un hombre tan leído, admirado y laureado como Stiglitz no puede describir un panorama apocalíptico, porque sabe que sin duda haría cundir el pánico. Su mensaje es esperanzador,

pero no por eso tembloroso, pues su rotundidad nos permite apreciar algunas características del mundo actual: el mal funcionamiento del mercado o su inexistencia o la sinrazón de las políticas estadounidenses, de cara al exterior, predicando el ultraliberalismo, al tiempo que se trata de socorrer a sus multinacionales de la competencia coreana, a través de las influencias del gobierno americano en el FMI. La excusa del Fondo es que el éxito de sus políticas habrá de verse a largo plazo, pero Stiglitz considera demostrado que esto no es cierto.

Hay dos matizaciones que se podría hacer a la crítica de Stiglitz. La primera es que pone a salvo al Banco Mundial, de donde había sido despedido como economista jefe, y nos muestra esta institución como una entidad cuasi-benéfica, aunque se trata de un banco. La otra es que las actividades inicuas del FMI son tratadas como errores y no como fechorías; se atribuyen a rigideces ideológicas (fundamentalismo de mercado) de los responsables del Fondo y no a la intención de desestabilizar a otros países o a sus empresas, hipótesis que niega expresamente. Stiglitz no puede ser ostensiblemente descalificador con autoridades que le son muy cercanas, aunque en ciertos pasajes del libro insinúa e incluso llega a afirmar que las acciones de Estados Unidos a través del FMI estarían destinadas a favorecer a determinados intereses particulares. El autor se detiene en los "especuladores", salvaguardando así el anonimato de dichos intereses, y no entra directamente a poner en duda a las multinacionales norteamericanas. Como economista moderno reconocido defiende la necesidad de incentivos para que la economía de mercado funcione, pero advierte que la desigualdad excesiva obstruye el crecimiento económico. En numerosos asuntos económicos, se muestra abiertamente partidario de la intervención del Estado (el Gobierno), especialmente, cuando la situación puede ser dramática en términos sociales. No obstante, cuando se habla de "intervención" en la terminología económica actual, no se está haciendo referencia al empleo de capital público en iniciativas empresariales, sino al socorro de empresas y bancos en apuros. También parece incluirse en este concepto el establecimiento de marcos reguladores que hagan funcionar los mercados como se supone que sería más conveniente para el interés general. En otros casos, apela a una versión restringida del keynesianismo (políticas fiscales y monetarias

expansivas) que no incluye la creación de empresas públicas.

Se hace una descripción de marcos institucionales, comparando la legislación de países menos desarrollados con la de Norteamérica o Europa; también se analiza con agudeza la repercusión de las estructuras agrarias en la economía de una nación. Sin embargo, todo planteamiento de Economía normativa queda prácticamente restringido a la regulación del sistema financiero y las políticas monetaria y fiscal. Nada se reclama en cuanto al establecimiento de sistemas asistenciales o derechos sociales, pero hace una advertencia implacable: La subsanación de los perjuicios sociales y humanos derivados de las políticas erróneas sale más barata que la reestructuración de los mercados financieros.

En definitiva, en contraste con la contundencia del lenguaje utilizado, que es muy de agradecer por su didáctica, la crítica que se ejerce resulta, en términos generales, más suave de lo que cabría esperar de un intelectual con acceso a la información más relevante. En muchos aspectos de la política del Tesoro estadounidense y su reflejo en el FMI, los principales y nocivos logros -la crisis mexicana, asiática o argentina- se nos presentan como efectos colaterales. Esto es más bien un fallo, puesto que aparentemente se está restando importancia a hechos dramáticos y eso podría denotar un disimulo prepotente, si no fuera porque Stiglitz se encarga de confirmar su imparcialidad en el conjunto de la obra.

Torres Villanueva, Eugenio (ed.), *Los 100 Empresarios Españoles del siglo XX*. Madrid, Lid Editorial Empresarial, 2000, 659 pp.

Por Jesús Romero González
(Universidad de Cádiz)

En las últimas décadas se ha iniciado en España, cierto que con retraso, pero no menos que con interés, el estudio de la historia empresarial. Y en ese sentido vamos asistiendo a la aparición periódica de investigaciones de empresas determinadas, de estudios regionales, de biografías de empresarios destacados o de revistas especializadas, que la alejan de anteriores prácticas conmemorativas, sostenidas por las propias empresas y que resultaban ser aportaciones cautivas, autocomplacientes y en la mayoría de los casos propagandísticas. Todo ello contribuye, de un lado, a definir nuestro

conocimiento sobre un aspecto tan determinante como el hecho empresarial, piedra angular de la economía, y, de otro, a fomentar y alimentar otros trabajos que van completando el rompecabezas sugerido desde visiones generales y a veces contradictorias.

Hace algunos años leíamos al profesor Tortella preguntarse por las causas del atraso económico español. Apuntaba entonces, junto a razones históricas objetivas, un grupo de causas que podrían estar en su base. Entre ellas, el prejuicio aristocrático al trabajo, la militancia católica contra el mundo material y su estrecha vigilancia de la ortodoxia intelectual, el bajo nivel educativo, la tradición mercantilista y la falta de iniciativa empresarial. En trabajos posteriores ha abordado esa misma cuestión, analizando cada uno de estos presupuestos. Aún en el prólogo a *Los 100 Empresarios Españoles del siglo XX* le asiste la incógnita, pero es tajante al referir que la primera conclusión del libro es que es indudable que "en el siglo XX no ha faltado en España el espíritu de empresa". Y en ese sentido su afirmación se llena de contenido al manejar las páginas del voluminoso libro que nos ocupa.

Dirigido por Eugenio Torres, un grupo de 62 autores¹, pertenecientes a 40 departamentos universitarios, analizan la trayectoria empresarial de 100 biografiados que representan una buena muestra de ese espíritu de empresa al que el profesor se ha referido. De esa manera se cumple el objetivo inicial del trabajo que pretendía hacer balance de la realidad empresarial del país en el siglo XX desde el análisis de sus protagonistas. La elección, siguiendo la introducción de su director, no ha sido sencilla, y es lógico pensar en las dificultades que puede plantear, no ya una obra como la presente, siquiera la elección de su complicado objeto. Para ello se arbitraron tres criterios básicos de los que partir: que el biografiado hubiera desarrollado iniciativas empresariales innovadoras, fundar o desarrollar empresas importantes en su sector y contribuir a su expansión. El resultado, en la perspectiva de todo un siglo, puede ser de varios cientos de personajes que cumplen ese perfil. Se aplica, entonces, un nuevo criterio temporal que trata de ceñir lo más posible sus actividades económicas al marco cronológico determinado por la centuria. Para ello se data, con excepciones, una fecha máxima de nacimiento, 1930, y una mínima de defunción, 1920. De esta manera las coordenadas son más precisas, aunque aún así la